

CARLES, F., MUÑOZ, I., LLOR, C., MARSET, P. (2000), *Psicoanálisis en España (1893-1968)*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 341 pp.

La relativa pobreza de la historiografía del psicoanálisis en España se ve aliviada con la aparición de esta monografía que, con criterio admirable, edita la Asociación Española de Neuropsiquiatría. Aunque algunos de los resultados de las investigaciones de los autores en este campo, probablemente ya eran muy conocidos por el sector de la comunidad científica más interesado en el mismo, su compilación, la armonización de los textos que proceden de tesis doctorales y la presentación en este volumen, permitirá su difusión a un público más amplio, lo que siempre es un acierto.

La división de la obra en tres períodos bien diferenciados es debida a que se corresponden con los tiempos de estudio acotados en cada una de las tres tesis doctorales, dirigidas por Pedro Marset, que prestan contenidos al trabajo. Así, tenemos la aportación de F. Carles Egea, un texto dedicado a «La introducción del Psicoanálisis en España (1893-1922)», que abre el volumen y lo hace con aquella curiosa —por temprana— primera noticia del psicoanálisis en España. La traducción insólitamente precoz de *Mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* de Breuer y Freud (1893) y su aparición simultánea en dos revistas españolas ese mismo año, es un hecho frecuentemente apuntado pero anecdótico, del que no conviene hacer lecturas rebuscadas ni optimistas en exceso. Alguna vez ha comentado Antonio Rey que el anónimo traductor pudiera haber sido el tan interesante como enigmático Gaspar Sentiñón. Lo cierto es que la noticia llegó a este país y no menos cierto es que la cultura española, menos aún la ciencia, por no hablar de la psiquiatría, distaban años luz de ser «terrenos abonados» para que prendiera una semilla tan subversiva.

A partir de 1909, cuando el psicoanálisis ya ha iniciado su gran expansión internacional, encontramos en España los primeros tímidos gestos de adhesión o críticas que demuestran al menos que se estaban haciendo unas primeras lecturas, bien es cierto que sin demasiada profundidad. Valle y Aldabalde, César Juarros, Gayarre, etc, médicos importantes de la época con diferente grado de especialización en la aún balbuceante —en el ámbito español— «disciplina de los nervios» como la llama Fernández Sanz, uno de los que mostró una preocupación más persistente en el tema.

Un segundo bloque dedicado a «La incorporación del psicoanálisis (1922-1936)», estudia un período corto, marcado por el comienzo de la edición de las *Obras Completas*, y regido por la toma de posiciones teóricas de la generación de psiquiatras que mayor esplendor dio a esta disciplina en España.

En un seguimiento cronológico de la producción escrita, fino y muy bien documentado se da buena cuenta de las primeras posturas de los clínicos mentalistas (Lafora, Mira i López, Sanchís Banús, etc) o no, como los casos de Marañón o Novoa Santos. Las ambivalencias, contradicciones y rectificaciones de muchos de ellos no serán muy diferentes de las que posteriormente mostrarán los circunstanciales próceres de la psiquiatría española del franquismo. Desde las posiciones sostenidas por Vallejo Nágera o Ramón Sarró, hasta los planteamientos más conocidos de López Ibor —*La agonía del Psicoanálisis, Lo vivo y lo muerto del Psicoanálisis*, etc—, la psiquiatría académica del régimen difícilmente podía ir más allá de los límites marcados por su clara orientación jaspersiana, contraria al marxismo y al psicoanálisis.

Con la tentativa institucionalizadora de Garma, frustrada por la sacudida histórica del 36, actuando como bisagra entre períodos, se inicia el tercer y último bloque, bajo el epígrafe «El movimiento psicoanalítico en España». Allí se aborda un tiempo largo y gris en cuyo tramo final —años sesenta—, es donde los autores ubican cronológicamente la institucionalización del psicoanálisis en España. Con las modificaciones metodológicas obligadas para el estudio de un período aún «fresco», vivido e incluso protagonizado por nombres que en algunos casos aún no han cerrado su periplo profesional, ni mucho menos vital, los autores van desbrozando obras, episodios y argumentos, que ocasionalmente alcanzan hasta la década de los setenta.

Resulta interesante comprobar cómo en el ejemplo español se cumple, como si se tratara del destino natural del desarrollo del psicoanálisis, lo que ha sido casi una constante en su historia: su tendencia cismática, movida y promovida casi siempre por desavenencias personales, revestidas —a veces a duras penas— de argumentos científicos o intelectuales. Desde la conocida e inaugural separación de Jung hasta los recientes rifirrafes en el seno de la Sección de Madrid de la EEP —volviendo al ámbito español—, los desencuentros personales, las luchas entre escuelas y las rupturas han marcado los destinos de esta disciplina. Su estatuto epistemológico, discutido, complejo y en todo caso original, se ha ido construyendo al albur de las vicisitudes biográficas de sus hacedores. ¡Qué buen ejemplo!, hemos pensado siempre, para los historiadores teóricos del *strong programme*.

Ramón del Portillo y Molina Núñez serían las figuras que ejercieron un cierto liderazgo en los primeros pasos de la institucionalización del psicoanálisis en España, en particular en el área madrileña. El desagradable episodio, no bien conocido aún, de la denuncia a Margarita Steinbach y la posterior enemistad entre los dos psicoanalistas marcará los destinos del grupo inicial. R. Del Portillo queda en el grupo fundador, en 1954, de la Asociación Psicoanalítica Española, y Molina Núñez organiza en Peña Retama, bajo una impronta heterodoxa, discordante con la IPA, el grupo de mayor influencia asistencial de tipo psicoanalítico en España.

Se señalan algunas especificidades del área catalana, donde el psicoanálisis se desarrolla en un ambiente de crítica a la asfixia cultural reinante, a partir del grupo de debate e inquietud cultural Erasmo.

La llegada de psicoanalistas argentinos exiliados, de gran reputación, como León Grinberg u Oscar Masotta, el reconocimiento de la APM en el Congreso de Nueva York, en 1979, o la creación de la Biblioteca Freudiana, son algunos acontecimientos claves para entender la situación actual del movimiento psicoanalítico en España, que al salirse de los límites cronológicos acotados en la obra, no son abordados en la misma.

Antonio DIÉGUEZ

LÁZARO, J. y BUJOSA, F. (2000), *Historiografía de la psiquiatría española*, Madrid, Triacastela, 194 pp.

Los estudios sobre la historia de la psiquiatría tienen una amplia tradición en España que se manifiesta en el gran número de trabajos publicados. La cantidad es, con toda seguridad, mayor que la de cualquier otra especialidad médica. Las revistas médicas españolas han dedicado siempre una atención sostenida a la historia de la psiquiatría, tanto entre las de carácter psiquiátrico como entre las dedicadas a la historia de la medicina. Los psiquiatras han mostrado un sostenido interés por la historia de su especialidad y los historiadores han encontrado en el pasado de la psiquiatría unas posibilidades de análisis muy ricas desde los puntos de vista científico y social. Todo ello ha contribuido a la existencia de un amplio colectivo de investigadores y profesionales interesados en el tema que han de valorar positivamente la aparición de este libro que les será de enorme utilidad y obligada consulta.

Los autores son buenos conocedores del tema estudiado al que dedican su actividad docente e investigadora. José Lázaro es profesor asociado de Historia y Teoría de la Medicina en el Departamento de Psiquiatría de la Universidad Autónoma de Madrid y Francesc Bujosa es catedrático de Historia de la Ciencia en la Universidad de las Islas Baleares. Su libro, que aquí comentamos, es el fruto de un largo y paciente trabajo de búsqueda y recopilación de datos, la mayor parte de las veces muy dispersos, de los estudios publicados sobre la historia de la psiquiatría española en todos sus aspectos.

Los autores han recogido las referencias bibliográficas de 1.457 trabajos publicados sobre el tema en todos sus aspectos: panorámicas generales y locales, biografías y patobiografías, evolución de las ideas y teorías sobre la enfermedad mental, tratamientos, organización de la asistencia, trabajos específicos sobre diversos centros hospitalarios, instituciones profesionales (asociaciones científicas, publicaciones, cátedras y centros de enseñanza), legislación psiquiátrica, estudios documentales y psicoanálisis. Para comprobar la exactitud de las referencias bibliográficas halladas y completarlas con otras muchas que no figuran en repertorios ni son apenas citadas, los autores realizaron un vaciado sistemático de 32 revistas y 11 libros colectivos, a lo que sumaron la revisión de las actas de los Congresos Internacionales de Historia de la Medicina celebrados en España, todas las publicadas de los Congresos Españoles de Historia de la Medicina y las de los Congresos Internacionales de Historia de la Medicina Catalana. Cronológicamente la búsqueda de información abarca el periodo comprendido entre los años 1859 hasta 1997 inclusive. Se presentan en tablas las fuentes utilizadas, repertorios bibliográficos revisados, bancos de datos, bibliotecas y hemerotecas, revistas vaciadas y libros colectivos vaciados, que demuestran la amplitud de la búsqueda de datos llevada a cabo. No se han incluido trabajos dedicados específicamente a la psicología y a sus disciplinas propias, sí se incluyen temas de interés común con la psiquiatría y los trabajos realizados por profesionales ligados a la psiquiatría que contribuyeron al desarrollo de la psicología. Si optaron por incluir cuanta bibliografía sobre la historia del psicoanálisis en España se pudo localizar.

Ordenada alfabéticamente por autores, la bibliografía se completa con tres índices (onomástico, de instituciones y temático) que permiten al lector localizar las referencias existentes sobre cada persona o un tema concreto.

Un comentario final analiza, cuantitativa y cualitativamente, los autores y los temas de esta amplia bibliografía, mostrando un panorama claro (y en ocasiones sorprendente) de lo que se ha estudiado (y lo que queda por estudiar) en la evolución histórica de la psiquiatría española. Los aspectos particulares de este apartado se encuentran traducidos en tablas que nos aportan con detalle información sobre las revistas más productivas, la media de artículos publicados, los autores más activos a la hora de publicar, la distribución de trabajos por materias, los 20 autores más biografiados, distribución de los trabajos según los temas estudiados, etc. A destacar es que en el núcleo de revistas con mayor número de textos históricos predominan las psiquiátricas pero observando que se está produciendo un progresivo aumento de revistas dedicadas en exclusiva a la historia de la psiquiatría (*Frenia* es un buen ejemplo de ello) y de la psicología, que entre los autores más productivos predominan asimismo los psiquiatras y que desde el punto de vista temático de los trabajos, el más numeroso resultó ser el biográfico.

Finalmente mencionar el esmerado cuidado en la edición del texto, formato y tipo de letra, que facilitan la lectura.

Eduardo BALBO

LÓPEZ DE LERMA, J. y DÍAZ GÓMEZ, M. (2000), *Hospital Psiquiátrico Sagrado Corazón de Jesús, hoy Complejo Asistencial Benito Menni (1881-2000). Más de un siglo de psiquiatría*, Madrid, Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, 399 pp.

Decir que las órdenes religiosas han desempeñado, históricamente y en el occidente cristiano, un papel fundamental en la asistencia y cuidado de los enfermos no resulta, obviamente, ninguna novedad. En el ámbito de la asistencia psiquiátrica tampoco, pues es de sobra conocida la importante labor desarrollada por algunas de estas órdenes en la gestión y administración de manicomios públicos y privados tanto en España como en otros países. Sin embargo, la historiografía psiquiátrica española ha prestado un interés muy relativo a estas instituciones. Interés que se ha centrado especialmente en las empresas asistenciales de Benito Menni, hermano de la Orden de San Juan de Dios enviado por Roma a España para restaurar la orden sanjuanina. Menni fundó, a finales de 1876, el manicomio de Ciempozuelos y terminó por crear una pequeña pero importante red de establecimientos psiquiátricos por todo el país (Ciempozuelos, Palencia, San Boi de Llobregat, Málaga, Mondragón, etc.). En 1881 fundó la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús para atender a pacientes del sexo femenino.

Los trabajos históricos sobre estas instituciones privadas, en general auspiciados y publicados por la propia Congregación o por editoriales próximas, han adolecido siempre de un cierto tono panegirista. La figura del Padre Menni ha sido ensalzada en obras biográficas que

destacan sus virtudes religiosas y su labor caritativa y asistencial¹; asimismo, más que de investigaciones históricas rigurosas, las instituciones dependientes de la Orden han sido objeto de publicaciones con fines propagandísticos o legitimadores², siendo los dedicados al establecimiento de Ciempozuelos los que cuentan con una mayor tradición³.

Pues bien, es en esta misma tradición en la que hay que situar el recién aparecido libro de López de Lerma y Díaz Gómez, que no es sino una versión reelaborada en parte y ampliada hasta el año 2000 de un trabajo anterior que llegaba hasta 1989⁴. Los objetivos son los mismos y la oportunidad editorial queda justificada por dos eventos diferentes: el cambio de milenio —llegando a la mítica fecha del 2000— y la reciente canonización, en 1999, de Benito Menni, lo que otorga a la publicación un significado de celebración y de reiterado culto al fundador difícil de obviar.

En cualquier caso, a pesar de las evidentes limitaciones de partida, el libro puede tener interés por varios motivos. Primero, porque ofrece informaciones útiles sobre el psiquiátrico de mujeres de Ciempozuelos a lo largo de más de un siglo. La reproducción, en este sentido, de reglamentos, informes, oficios, contratos, certificados, historias clínicas, etc., dan una idea de las importantes fuentes históricas existentes. También, aunque de manera breve y muy descriptiva, encontramos información sobre los médicos que desarrollaron su actividad asistencial en el establecimiento, así como de los diagnósticos y de los tratamientos utilizados, aunque ni unos ni otros están analizados de manera sistemática. El intento de contextualización de las actividades del manicomio en la historia de España es tan bien intencionado como deshilvanado y, en algunas ocasiones, confuso y la bibliografía complementaria, tanto general como especializada, resulta escasa y muy poco actualizada. En definitiva, el libro dista mucho de ser un investigación histórica rigurosa y, desde luego, no resistiría una comparación con los importantes trabajos sobre instituciones psiquiátricas disponibles en la historiografía. Sus objetivos, como ya he indicado, son otros muy distintos, lo que es preciso tener en cuenta a la hora de intentar aprovechar mínimamente su lectura. Aprovechamiento que, sinceramente, creo posible, sobre todo porque el libro tiene el indudable mérito de ocuparse de un aspecto hasta ahora olvidado y relegado, de manera injusta, por los historiadores de la medicina y de la psiquiatría.

¹ REY, J. (1967), *Luz de Cristo. Espíritu del fundador P. Benito Menni, O.H. y de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús*, Madrid, Congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús; MARTÍN CARRASCO, M. (1994), *Benito Menni y la asistencia psiquiátrica en España en el siglo XIX*, Burgos, Monte Carmelo.

² VV.AA. (1931), *Establecimientos frenopáticos de la Congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. 1881-1931*, Toledo, Editorial Católica Toledana; VV.AA. (1956), 75º Aniversario de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, *Informaciones Psiquiátricas*, vol. 1, 117-155.

³ CORRES, B. (1926), *Historia del Sanatorio de San José de Ciempozuelos 1876-1926*, Madrid, Imp. Del asilo de huérfanos del S.C. de Jesús; RUBIANO, S. (ed.) (1927), *Sanatorio de San José para enfermos mentales (Ciempozuelos-Madrid) de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Memoria sobre el estado actual y la evolución del establecimiento desde 1876, año de su fundación*, Madrid, Imp. del Asilo de huérfanos del S.C. de Jesús.

⁴ LÓPEZ DE LERMA, J. y ALBERDI, T. (1991), *Historia del Hospital Psiquiátrico Sagrado Corazón de Jesús, de Ciempozuelos, 1881-1989. Un siglo de psiquiatría y de historia de España*, Madrid, Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Son escasas las aportaciones que han intentado profundizar, desde un ámbito más académico, en la significación de la red asistencial sanjuanina, bien para ubicarla en un contexto histórico más amplio⁵, bien para valorar sus resultados asistenciales y terapéuticos⁶; pero resulta evidente que estos establecimientos privados, propiedad de órdenes religiosas, siguen —a pesar de la bibliografía disponible— constituyendo una laguna historiográfica importante. Es evidente el excesivo celo con que sus responsables han ofrecido la mejor imagen posible de sus empresas, y desconozco las facilidades o los obstáculos con que investigadores ajenos a dichos establecimientos han podido encontrarse al acercarse a sus fuentes documentales; pero no es menos cierto que la mayoría de los historiadores de la psiquiatría españoles hemos estado más preocupados por las instituciones públicas, tanto en el marco de la historia social, de la beneficencia, como en las «lecturas» en clave de control y defensa social. Un cierto «desprecio» historiográfico por un tipo concreto de instituciones que merece la pena superar, porque su importancia —cuantitativa y cualitativa— en el panorama de la asistencia psiquiátrica es innegable, no solo porque figuras destacadas de la medicina mental española trabajaran en ellas (Rodríguez Morini en San Boi; Gayarre, Salas, Sacristán, Vallejo Nágera en Ciempozuelos, etc.), sino porque, desde épocas muy tempranas, se otorgó un importante protagonismo al facultativo, a cuyos criterios y decisiones clínicas y terapéuticas, al menos sobre el papel, debían estar supeditados los religiosos y religiosas. Un «talante» asistencial, que parece diferir del de la mayoría de los establecimientos públicos, y que convendría confirmar con estudios más completos y profundos que los hasta ahora disponibles.

Mientras tanto, el meritorio esfuerzo de López de Lerma y Díaz Gómez seguirá siendo el punto de referencia ineludible para acercarse a la historia de una institución cuya importancia en el ámbito de la asistencia psiquiátrica española está fuera de toda duda.

Rafael HUERTAS

REY GONZALEZ, A. y LIVIANOS ALDANA, L. (1999), *La psiquiatría y sus nombres. Diccionario de epónimos*. Madrid, Editorial médica panamericana, 311 pp.

Frente a las nuevas tendencias de clasificación en Medicina que pretenden, en pro de un lenguaje más científico, encasillar las entidades nosológicas asignando un número a cada categoría, surge este diccionario que rescata un sistema de denominación de los cuadros patológicos más arraigado en la historia y en la evolución de la ciencia médica: los epónimos.

⁵ GRACIA, D. (1982), Las hermanas hospitalarias en la historia social de la psiquiatría española, *Informaciones Psiquiátricas*, 87-88, 5-15; CRISTOBAL BALDOR, R. (1990), *El hospital psiquiátrico de mujeres de santa Águeda. Un hospital de caridad en el discurso de la revolución liberal*, Universidad del País Vasco, 1990. (tesis doctoral inédita)

⁶ ALONSO SEDANO, M. A. (1988), *El fármaco en la terapéutica del enfermo mental en el Hospital «San José» de Ciempozuelos (1877-1936)*, Universidad de Alcalá de Heranes. (Tesis doctoral inédita).

La utilización de nombres que aluden al descubridor de un síndrome, al paciente que lo presentó o a una localidad geográfica para designar una nueva configuración clínica ha sido ampliamente manejado en Medicina. Este sistema lo encontramos también en otras áreas científicas: en Biología, para nombrar especies, en Física, para designar leyes y fenómenos, en Química, para denominar nuevos elementos.

El uso de epónimos es un mecanismo lingüístico que se opone a la clasificación sintética, específica, científica y probablemente necesaria para la adaptación de la Medicina a los nuevos desarrollos científicos y tecnológicos. Como contrapartida, este sistema nos ofrece una serie de ventajas que nos animan a conservar estas nominaciones e impedir que caigan en el olvido. Por una parte, los cuadros, síntomas y síndromes patológicos descritos por sus descubridores a partir de una exhaustiva observación de los pacientes, nos dejan por herencia una visión de la sintomatología clínica más rica y llena de matices. Es, a su vez, un recurso mnemónico eficaz, utilizado desde siempre por todos aquellos que se embarcan en el estudio de la Medicina para relacionar un complejo sintomático con una nomenclatura ligada a su descubrimiento, trascendiendo así la fría descripción terminológica del cuadro. Finalmente, es necesario considerar que el conocimiento y uso de los epónimos produce en nosotros una impresión de continuidad histórica, facilitando una articulación entre los conocimientos actuales y los más clásicos.

Los psiquiatras Antonio Rey y Lorenzo Livianos han llevado a cabo, en *La psiquiatría y sus nombres*, un importante esfuerzo de recopilación, definición y análisis de aproximadamente ochocientos términos psiquiátricos (o de áreas relacionadas como la psicología, el psicoanálisis, la sexología, la neurología, etc.), nombrados o identificados tradicionalmente a través de un epónimo, rescatando así toda una tradición y, sobre todo, poniendo a disposición del lector interesado una información que permite, sin duda, acercarse más y conocer mejor un síndrome, una enfermedad, un complejo sintomático, un sistema terapéutico, etc.

Haciendo un recorrido a lo largo del siglo XIX y principios del XX, los autores rescatan con fidelidad y concisión los nombres de los pioneros de la clínica mental. Como en el resto de la Medicina, encontramos también aquí que gran parte de los epónimos hacen referencia a médicos alemanes. Sin embargo, también podemos hallar nombres relativos a personajes literarios, mitológicos o místicos, entre otros.

Con formato enciclopédico, las entradas aparecen por orden alfabético. Además de la descripción del término podemos encontrar la biografía del autor o la descripción del lugar que le da nombre. Cada voz incluye su sinonimia, el nombre en francés, inglés y alemán, y las remisiones a entradas relacionadas. Los autores ponen también a nuestra disposición referencias bibliográficas específicas para cada término, dando así la oportunidad al lector de acercarse a indagar un poco más en algunos de estos curiosos epónimos.

Esta obra está dirigida tanto a psiquiatras y psicólogos en formación, como a aquellos profesionales de estas disciplinas que no han agotado aún su deseo de profundizar en la clínica elemental, esa clínica cotidiana que no es posible reducir a las clasificaciones actuales. Es una invitación a sumergirse en una trayectoria común en la que, a lo largo de dos siglos, se han ido formando los conocimientos de nuestra disciplina basados en las observaciones de nuestros predecesores, a veces sutiles, a veces superficiales, pero siempre novedosas. Se trata de una visión abierta en la que tienen cabida las múltiples variaciones y matices de la clínica que sue-

len pasar desapercibidos en las propuestas nosográficas actuales, tan sistemáticas y globalizadoras como carentes de especificidad.

Quizá no como alternativa, pero sí como complemento necesario, los epónimos deben formar parte de nuestro saber psicopatológico. En este sentido, los personajes y lugares que dan nombre a todos estos síndromes y síntomas han encontrado su justo protagonismo en este imprescindible diccionario de A. Rey y L. Livianos.

Ana Isabel SEGURA RODRÍGUEZ

RIVAS, E. (2000), *Intersección Psiquiatría ♦ Psicoanálisis: La clínica de la sospecha*, Miguel Gómez edic., 283 pp.

Se trata de un libro que es una recopilación de textos del autor, Enrique Rivas —psiquiatra y psicoanalista—, ya expuestos o publicados en otros lugares desde 1985 a 1999, y, por lo tanto, se puede observar la reflexión que hace de los diferentes aspectos del campo de la salud mental, a lo largo de todos estos años, iluminados desde el psicoanálisis de orientación lacaniana, como él dice, la Psiquiatría fecundada por el Psicoanálisis.

En el prólogo que le hace Jorge Alemán se plantea una pregunta cuya respuesta es el libro: «¿Es la Salud Mental un ámbito donde aún pueda encontrar su lugar la verdad singular e intransferible del sufrimiento, esa verdad que, por un carácter único e irrepetible, muestra que tras el dolor subjetivo se encuentra una historia a descifrar en la que cada uno podría enfrentar a sus síntomas con el proyecto de su deseo?».

El núcleo del libro plantea la difícil posición subjetiva del psiquiatra intersectado por el psicoanálisis: «La intersección Psiquiatría-Psicoanálisis si es una intersección de discursos, se opera necesariamente en la instancia subjetiva de aquellos profesionales que desarrollan su práctica en las Instituciones de Salud Mental o frente al sujeto que le demanda, y que están atravesados por el discurso de las ciencias de la Salud Mental y el Psicoanálisis» ... «el sujeto situado entre ambos discursos, el de la ciencia y el del psicoanálisis, no tiene una identificación que le garantice de forma unitaria su consistencia de sujeto profesional» ... «tiene que decidir en cada momento su posición, en función de haber esclarecido lo que el Otro le demanda».

La psicosis es el tema que más insistentemente se aborda en el libro, y es lógico que así sea, porque es el campo que ha causado a la Psiquiatría como disciplina y como práctica profesional, por otra parte es también el campo donde más ha retrocedido el Psicoanálisis, es el lugar de la intersección por excelencia. En cada uno de los 20 capítulos del libro se habla de psicosis y en 9 de ellos su título está referido a algún aspecto de las psicosis y por tanto tratan este tema de forma prioritaria. Desde las causas a las posibilidades y los límites del tratamiento pasando por el análisis de la semiología, las alucinaciones, los delirios y los neologismos.

La clínica diferencial de la neurosis, perversión y psicosis se destaca en varias ocasiones en el libro, en referencia a las diferentes estructuras y en referencia a los efectos del tratamiento: en el neurótico descifrando el saber inconsciente que hay en el síntoma y en el psicótico

cifrando, es decir simbolizando, produciendo algo de saber sobre el tormento que experimenta el paciente. Porque más allá de romanticismos en boga de hace unos años elogiando la locura, desde el surrealismo a la antipsiquiatría, la psicosis es la experiencia más dramática de la condición humana; y cómo más dramática también la más instructiva si se sabe leerla. La psicosis esquizofrénica apunta de tal manera al «no-ser» que en su negatividad puede dar cuenta, por contraste, de la subjetividad y del ser; se puede llegar a aventurar que apunta a resolver los enigmas filosóficos de la ontología.

Las posibilidades de analizabilidad en las instituciones de Salud Mental son planteadas tanto en la perspectiva de su posibilidad dentro de la institución pública psiquiátrica, con todas sus peculiaridades en relación a la práctica privada del psicoanálisis, como en la perspectiva del tratamiento psicoanalítico de las psicosis. El problema que surge es la posibilidad de rectificación subjetiva por parte del paciente que hace la demanda, es decir cómo convertir la demanda de atemperar el sufrimiento en demanda de saber las causas del sufrimiento; pero esta posibilidad que abre el psiquiatra intersectado por el psicoanálisis en el medio comunitario es una necesidad en cualquier circunstancia, pública o privada, y nunca es una imposibilidad en la asistencia pública si alguien está dispuesto a escucharla, más allá de la presión asistencial, el papel de la institución en las transferencias del paciente o la forma de compensar el trabajo realizado.

El escollo tema de la transferencia en la psicosis se aborda sin evitar ninguna de sus dificultades. Las diferencias de la transferencia en la psicosis en relación a la transferencia en la neurosis: el amor de transferencia, la interpretación, el lugar del terapeuta, la función terapéutica posible, etc.

La intersección psiquiatría-psicoanálisis es una necesidad percibida desde el lugar del paciente que demanda, porque los pacientes demandan atemperar el sufrimiento y demandan un saber sobre las causas del sufrimiento; el inconsciente y el psicoanálisis no son descubrimientos exclusivamente de Freud, son el producto del encuentro de dos deseos, del deseo de saber de Freud con el deseo de saber de sus pacientes histéricas.

La intersección psiquiatría-psicoanálisis ha de permitir el diálogo entre la ciencia y lo que la ciencia precisa excluir para constituirse como tal. La función que el paciente exige del psiquiatra supone tener que moverse en lugares diferentes dependiendo de las circunstancias de cada momento de la cura, que muy esquemáticamente se pueden representar por ocupar el lugar del saber para responder a esas necesidades de atemperar el sufrimiento, u ocupar un lugar semblante que permita desarrollarse el saber inconsciente del paciente.

La psiquiatría está huérfana de un saber sobre la transferencia y ésta, se quiera o no, siempre está ahí presente, produciendo efectos terapéuticos o antiterapéuticos. Es este el terreno más importante para que el psicoanálisis fecunde a la psiquiatría. Si no se hace seguiremos instalados en la Clínica de la Sospecha (subtítulo del libro), clínica de la incertidumbre teórica y práctica para el abordaje de las demandas.

Maximino LOZANO

ROUDINESCO, E. (2000), *¿Por qué el psicoanálisis?* Paidós, 130 pag.

Hace ya tiempo que E. Roudinesco es conocida y reconocida desde el punto de vista intelectual —y editorial— en España y en otros ámbitos del mundo castellanohablante en los que el psicoanálisis experimentó un desarrollo notable y aún disfruta de una consideración privilegiada como fuente de explicación de la vida psíquica de los individuos. Especialmente desde las versiones al castellano de *La Batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia* (Fundamentos, 1988), y de *Jacques Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento* (FCE, 1994; Anagrama, 1995), la historiadora recibe la consagración de un público al que aún sorprenderá pocos años después con su monumental *Dictionnaire de la Psychanalyse*, firmado junto a Michel Plon (París, Fayard, 1997; v. cast. Buenos Aires, Paidós, 1998). El enfoque genealógico y la densidad de información que recorre las más de mil doscientas páginas de esta obra la convierten en un libro de consulta obligada para cualquier estudioso de la historia de esta disciplina.

Después de tan magna empresa parecería que la autora ha sentido la necesidad de liberarse de la esclavitud del dato, y entrega esta obrita ligera, de lectura cómoda, en la que alterna momentos de rigor expositivo con otros salpicados de pasajes próximos a la libre asociación de ideas. Aprovechando un título posiblemente pensado con criterios de adecuación al mercado, el tema de fondo que plantea Roudinesco es, sin embargo, de la máxima enjundia. En efecto, no se encuentra respuesta en el texto a ¿por qué el psicoanálisis?, aunque dedica bastantes páginas a combatir los argumentos de quienes como Grünbaum o —con mayor frivolidad— Sockal se vienen esforzando en formular la pregunta de la manera menos satisfactoria para la «causa» psicoanalítica. La inquietud, a veces lamento, por el destino de una «sociedad depresiva» que habría apostado —guiada por sus expertos en salud mental— por el camino de la alienación cientificista, sin saber más sobre sí, sobre el carácter subjetivo del pensamiento y los afectos de cada uno de sus individuos, resulta central en el libro.

La concepción freudiana de un sujeto del inconsciente, consciente de su libertad pero atormentado por el sexo, la muerte y lo prohibido, estaría declinando a favor de una concepción psicológica de un individuo depresivo, que huye de su inconsciente y niega el valor esencial de cualquier conflicto en la constitución de su subjetividad.

Roudinesco no evita el planteamiento maniqueo y por lo mismo no ve espacio alguno posible entre la psicofarmacología y el psicoanálisis, entre el «hombre-máquina» y el «hombre deseante» (utilizando expresiones poco afortunadas para la pujante ideología de género). El individuo estadístico, genético, neuroquímico, en fin el «hombre conductista», como protagonista emergente de un tiempo en el que ya están predeterminadas y rígidamente tipificadas las formas posibles de sufrimiento.

Con frecuencia dicho argumento queda como mero trasfondo, pretexto útil para recrear variados episodios de la historia de la psiquiatría y del psicoanálisis; lugares comunes para el historiador avezado o valiosas ilustraciones para el lector medio, sobre el que probablemente pretende impactar la publicación.

En cualquier caso es interesante recordar —como hace la autora al hablar de la actual «cruzada cientificista» norteamericana— que fueron los primeros freudianos entusiastas de principios de siglo quienes propusieron evaluaciones, pruebas, encuestas de eficacia, etc, persiguiendo un estatuto que también había anhelado el propio Freud. Pero el psicoanálisis se

construye como una «ciencia problemática», en palabras de Ortega —improbable freudiano— y a todo lo largo del siglo recibirá dardos envenenados por doquier. De La Iglesia al Partido Comunista que acaban «negociando» sus críticas, a la más constante y vigente de todas ellas: la de quienes apuestan por una matematización de las ciencias de la salud mental y consideran en el mejor de los casos al psicoanálisis como una hermenéutica.

Desde su conocido compromiso con las tesis lacanianas y —al menos en parte— condicionada por el mismo, Roudinesco también realiza un ejercicio crítico de las instituciones psicoanalíticas, denunciando su rigidez y su despreocupación por la realidad social, la miseria, el desempleo, los abusos sexuales y las reivindicaciones nuevas surgidas a partir de las transformaciones de la familia patriarcal. El ejemplo de los homosexuales a los cuales se niega el derecho de llegar a ser psicoanalistas resulta particularmente significativo.

Finalmente la ensayista —más que la historiadora— nos recuerda que existen, pese a todo, nutridas generaciones nuevas de psicoanalistas deseosas de abordar los grandes problemas de hoy, más exigentes en sus elecciones éticas y menos condicionadas por dogmatismos de escuela. El acceso a la profesión de psicoanalista por el camino de la medicina, de la psiquiatría, de la filosofía o de los estudios literarios está en neta regresión en beneficio de la psicología como formación universitaria de base. Este hecho vendría a confirmar la tendencia —temida por algunos profesionales de la salud mental y deseada por otros— a la excisión de la práctica clínica en dos campos diferenciados de manera creciente: el de la neuropsiquiatría para problemas más fácilmente tratables desde un modelo médico-biológico, y el inabarcable campo de los «problemas psicológicos» subsidiarios de aplicación de alguno de los modelos de la no menos inabarcable gama de psicoterapias, entre las que —aún con gran privilegio— se encuentra el psicoanálisis.

Antonio DIÉGUEZ

SANJUAN, J. (editor), CROW, T., GONZÁLEZ, O., PUELLES, L., RODRÍGUEZ, F., SALAS, C. y SANCHO-ROF, J. (2000), *Evolución cerebral y psicopatología*, Madrid, Triacastela, 2000, 254 pp.

Comenzaré el comentario de este libro con la cita de dos frases seleccionadas del Prólogo de Carmen Leal Cercós: «...la psiquiatría no puede ni debe mantenerse ajena a los avances de las neurociencias...», y «Las investigaciones procedentes del campo de la Psicología experimental, la neuroanatomía o la inmunoendocrinología nos demuestran la necesidad que nuestra disciplina tiene de conectar con todas las ciencias básicas del conocimiento porque la psiquiatría es mucho más que pura biología, pero sin biología no es» (p 12). Debo decir que este tema me apasiona, y que, además, considero que estamos en una nueva etapa de desmitificación del ser humano, sin que eso signifique una «valoración» mejor o peor. El evolucionismo darwinista fue, a pesar suyo, un comienzo de ruptura con la trascendencia humana. Creo que estos nuevos avances evolucionistas relacionados con lo que siempre se ha considerado esen-

cial en el hombre, su mente, su espíritu, su alma avanzan en la misma dirección. Todos los grados de elaboración de las funciones mentales —que son enormemente complejas para nuestra propia comprensión— buscan otorgar al hombre una especialidad, una trascendencia que nos permitiera afirmar lo especial del ser humano con respecto al resto de los animales, y adjudicarnos una «supervivencia» de algún tipo. La filosofía actual también se está impregnando de la necesidad de conocernos en nuestro sistema mental, de la necesidad del conocimiento biológico y socio-cultural, el desarrollo del cual sí nos caracteriza especialmente, nos diferencia del resto de las especies y nos otorga un gran poder de decisión sobre nuestra vida individual y la sociedad y cultura que podemos construir.

Se compone esta obra de una serie de capítulos abiertos por un trabajo de Julio Sanjuán que explica los puntos esenciales de las relaciones que se están buscando entre evolución cerebral y psicopatología. Es una excelente introducción, no sólo a este libro, sino al tema en general. Otro trabajo del mismo autor cierra perfectamente el libro, dando remate a una muy buena y documentada aportación, por primera vez creo, de investigadores españoles a un crucial aspecto del conocimiento, un nuevo paso hacia la comprensión del hombre y sus características más peculiares. El único artículo de un autor no español es el de Timothy Crow, que es un trabajo clave en el estudio y lanzamiento del análisis evolucionista de los problemas psicopatológicos a partir del problema de la esquizofrenia. Hay que recordar que existe, desde los años ochenta, una abundantísima bibliografía sobre evolucionismo mental, fisiológico y patológico, sobre Psicología y psiquiatría evolutiva, que están teniendo poca repercusión en los estudiosos de nuestro país en cualquiera de los terrenos, incluido el filosófico.

Todos los artículos que conforman este libro son de un excelente nivel, tanto porque demuestran estar realizados por conocedores directos del problema que tratan, como por su bibliografía, totalmente actual. Es un grupo de gente que conoce las investigaciones que se realizan en otros países, pero que, además, está trabajando en estos temas. El libro parte de la necesidad de conocer primero el funcionamiento «normal» de la mente y de sus productos, pensamiento, conducta, etc., y después reflejar los primeros intentos de análisis de la psicopatología a partir de la concepción del hombre como un ser producto de la evolución, con unas características muy especiales, entre las que se significa especialmente el lenguaje.

Este libro aporta información tanto sobre los aspectos teóricos de la cuestión como sobre los prácticos, los problemas de la clínica. Intentan, pues, transmitir cómo estos conocimientos pueden ser esenciales para la práctica psiquiátrica, hoy en día en cierta medida bloqueada en el diagnóstico descriptivo y el tratamiento farmacológico.

El libro comprende, pues, una verdadera introducción a las teorías evolucionistas de la mente. Después de un excelente trabajo de Fernando Rodríguez y Cosme Salas sobre el aprendizaje y sus bases neurales, sigue una exposición sobre la evolución del cerebro humano y la inteligencia, muy densa, quizás, para quien no está familiarizado con la estructura y fisiología cerebral. Excelente y realmente novedoso el trabajo de José Sancho-Rof y Olga González, así como el trabajo de Sanjuán sobre el origen filogenético de las emociones. Después, el famoso trabajo de Crow sobre la esquizofrenia, que, aunque pueda ser discutido, debe conocerse puesto que fue un trabajo pionero dentro del terreno de la psiquiatría. Y se cierra con otro trabajo de Sanjuán —como vemos, este autor es un elemento esencial en la composición del libro— sobre las implicaciones prácticas del enfoque que aquí se presenta.

Hay que decir, en primer lugar, que conviene abandonar las posiciones dogmáticas y cerradas que consideran que en cuanto se habla de biología de la mente se hace sociobiología «reduccionista voraz», según la denominación de Dennett. La sociobiología no es aceptable cuando se hacen inferencias sobre bases genéticas, porque, como dice Dennett, «Incluso en los animales no humanos, la inferencia de la adaptación con bases genéticas es arriesgada, cuando la adaptación considerada no es una característica anatómica, sino un patrón de conducta...». O extrapolaciones de una especie a otra, o de cualquier especie al hombre cuando hay una conducta animal —de cualquier especie— que parece útil para explicar, organizando el discurso con una buena carga ideológica más o menos oculta, comportamientos humanos tan esenciales como la guerra, la reproducción o la alimentación. Pero eso no significa no tener en cuenta que el ser humano es un animal, un ser biológico que, eso sí, tiene unas características propias tan especiales que ha creado una evolución cultural, social, de gran potencia. Muchas características humanas no son tan «determinadas» ni «naturales» como se ha querido demostrar a lo largo de la historia. La ciencia se ha hecho cada vez más indeterminada por la enorme variabilidad que le da su propia naturaleza azarosa y determinada a la vez. Pero, además, la capacidad socio-cultural que ha aportado el desarrollo del lenguaje ha complicado mucho las cosas. Muchas conductas humanas que parecen, y se han querido fijar por «naturales» —también la cultura y la sociedad humana son «naturales»— como la sexualidad, son construcciones lentas pero efectivas de la cultura del animal humano. Así lo plantean, de hecho, —quizás sin saberlo— quienes proponen, desde el punto de vista de la sociología, la filosofía y la historia, y proponen el estudio «genealógico» de la sexualidad y de otras características humanas a partir de las ideas y postulados de Michel Foucault y Robert Castel. Pero, además, esto coincide —la evolución de conceptos culturales que se han intentado «fijar» como «naturales», y haciendo que naturales signifique inamovibles— una corriente que, a partir de la propuesta de Dawkins en su *El gen egoísta*, se ha ido desarrollando con los trabajos, entre muchos otros, de Daniel Dennett, *La peligrosa idea de Darwin*, *Brainstorms*, etc. y de Susan Blackmore, *La máquina de los memes*. La propuesta es que existen unos elementos culturales transmisibles, así como son transmisibles los genes aunque por medio de otros mecanismos y con otras características, y a esos elementos se les llama memes. Insisto en que es importante, pues, no acercarse a estas propuestas con una carga de prejuicios, aunque sí con sentido crítico, pues es esencial ser crítico cuando hay unas nuevas líneas de pensamiento que están surgiendo. Y se puede comenzar a conocer gran parte de estas nuevas ideas por medio de este libro, que voy ahora a comentar con algo más de detenimiento.

Me referiré, en primer lugar, al capítulo de introducción de Julio Sanjuán, «Orígenes y fundamentos de las teorías evolucionistas de la mente». Sanjuán piensa (creo que con buen criterio) que la investigación biológica va por mal camino si asume que las entidades de la clasificación del DSM IV tienen validez como fenotipos biológicos, cuando son simplemente acuerdos para entenderse. Piensa que hay que elaborar un nuevo paradigma (no creo que el DSM o el CIE constituyan un paradigma) con los siguientes requisitos: dar una explicación sobre el origen y funcionamiento de la mente normal; ser compatible con los datos duros (epidemiológicos, clínicos y biológicos), de los trastornos mentales; trazar algún mecanismo de conexión entre los enfoques biológico, psicológico, familiar y social (creo que imprescindible para comprender la conducta) y permitir la integración de enfoques terapéuticos que se han demostrado empíricamente útiles.

Hace Sanjuán en este capítulo un repaso histórico, que intenta aportar, por medio de unos cuadros, los elementos esenciales del evolucionismo darwinista —por ejemplo, la falta de linealidad y de finalidad— y detectar algunos de sus seguidores en el campo de la Psicología y la Psiquiatría. Divide su historia en tres etapas: Una primera, de 1859, aparición del *Origen de las especies* de Darwin, hasta 1900, el llamado «redescubrimiento» de las leyes de Mendel. Es la época de la revolución darwinista, con impacto desigual, y debo decir, poco estudiado en profundidad, en la Psicología y en el alienismo. Los alienistas y estudiosos ingleses sintieron, posiblemente, más su influencia, como George Romanes, que se preocupó de la evolución mental y la inteligencia, Crichton-Browne, relacionando los centros mentales más evolucionados con la locura, Hugglings Jackson y su idea de la jerarquización mental y la liberación de los centros inferiores por alteración de los superiores, o Maudsley, que relacionó la locura con la creatividad. Personalmente, hecho en falta la figura de Francis Galton, tan influenciado por su primo Darwin, y que desarrolló realmente de forma fundamental la Psicología cuantitativa. Fue el iniciador de una serie de técnicas y de la valoración estadística de las pruebas con pequeñas muestras. Su escuela biométrica fue esencial para la construcción de la síntesis entre genética biológica y genética de poblaciones. Y sus ideas fueron el origen de la creación y «cosificación» de la idea de inteligencia. Spearman y Cyril Burt fueron sus seguidores, tuvo influencia sobre Terman y Goddard y Eysenck y Jensen se han manifestado como sus discípulos. O sea que su influencia se manifestó claramente en la segunda etapa que considera Sanjuán. Esta segunda etapa entra de lleno en el siglo XX, pues abarca de 1900 a 1949, con el desarrollo de la nueva teoría evolucionista, el neodarwinismo, y la integración de evolución y genética. En este período, dice Sanjuán, Psicología y Psiquiatría siguen su propio camino y se olvidan de Darwin e incluso del cerebro. La tercera etapa que considera el autor abarca desde 1949 hasta 1975. La fecha de 1949 se refiere a la aparición de un importantísimo artículo en el campo de la neurofisiología publicado por MacLean, refiriéndose a los circuitos cerebrales relacionados con la emoción, apoyándose, justamente en el llamado circuito de Papez, integrando conocimientos anatómicos, fisiológicos, clínicos y psicológicos y hablando de enfermedades psicosomáticas. Fue posiblemente el lanzamiento de los nuevos estudios evolucionistas en este campo. De allí surgieron corrientes que fueron concretándose en lo que hoy se llama etología, sociobiología y psicología evolutiva, e incluso se puede percibir un comienzo de ideas sobre psiquiatría evolutiva.

Debemos recordar, y nos recuerda Sanjuán, que Freud intentó crear una Psicología de base neurológica. Basa su teoría de la mente en su teoría de los instintos, que divide en dos categorías, de conservación (necesidad de aire, comida, bebida, librarse de peligros o amenazas) e instinto sexual extendido a la búsqueda de placer en general. David Buss en su *Evolutionary Psychology* de 1999, ha señalado que estas dos teorías se corresponden a los principios generales de la teoría darwinista. Los instintos de supervivencia a la teoría de la selección natural, los sexuales a la teoría de la selección sexual. Quizás hubiera sido interesante que explicara algo más esta posición. Sanjuán nos da noticia, también, de la situación actual y las posiciones de Psicología y psiquiatría evolucionista, que se completará muy bien con su último capítulo de esta misma obra.

Diré, sobre el segundo capítulo, escrito por Fernando Rodríguez y Cosme Salas, «Evolución del aprendizaje y de sus bases neurales en los vertebrados», que es un excelente y bien

fundamentado trabajo. Explican los autores el camino seguido por la neurobiología del aprendizaje, señalando el poder que tuvo la concepción de la igualdad de los mecanismos de aprendizaje en el desarrollo de la investigación científica en Psicología experimental durante varias décadas. Fue la tiranía de Hull y Skinner, tiranía casi absoluta del pensamiento, posible, seguramente, por falta de espíritu crítico y de un análisis desde el punto de vista evolutivo de quienes trabajábamos en ello, incluso aunque nos sintiéramos incómodos con lo que hacíamos. Desde los años 60 (o 70, diría yo), la atención se desplaza hacia el valor adaptativo del aprendizaje. No es fácil hoy encontrar un tan buen conocimiento del evolucionismo, con sus elementos positivos y sus conceptos en discusión, controvertidos. Todos los aspectos más importantes de los enfoques etológico, adaptativo y filogenético, señalando sus aspectos positivos y negativos.

El capítulo de Luis Puelles, «La evolución del cerebro y la inteligencia del hombre» es una introducción a la embriología y neuroanatomía del sistema nervioso y a la evolución del los seres humanos. Explica con claridad los sistemas cerebrales, los principales sistemas funcionales ante la evolución: sistema perceptivo; sistema conductual; sistema homeostático (emocional). Explica que todo el cerebro funciona conjuntamente y que la tendencia es a la evolución integrada de todas las partes del encéfalo, pues si no, no serviría. Se basa en las obras de Arsuaga y otros estudiosos —que cita— para explicar la evolución de los homínidos y su expansión en su hábitat, sus instrumentos y su medio social. Ofrece una buena explicación evolutiva, pero poco analizada, de manera que a veces uno se pregunta por qué sucede eso y no otra cosa. Es un buen resumen de la posible evolución de los homínidos. Por último se refiere al proceso de encefalización en los homínidos, y su repercusión en el desarrollo de unas nuevas aptitudes para sobrevivir en el medio o, incluso, en medios variados. Uno de los problemas que veo en su exposición es que cuando se refiere a los sistemas de estructuras y su funcionamiento lo explica como si todo estuviera claro y demostrado, (menos una pequeña observación sobre la amígdala), cuando no es así en absoluto.

El trabajo es también una buena síntesis de los aspectos esenciales del sistema nervioso, su organización y sus cambios evolutivos, pero quizás tan extremadamente apretado que puede dificultar su comprensión y hacer que aparezcan hechos y procesos como si fueran mucho más claros y rígidos de lo que en realidad son. La bibliografía en este caso es escasa y general, y nos hace desear más información sobre el tema. De todos modos, este capítulo nos prepara para comprender mejor el siguiente, que se refiere a algo muy complejo y esencial para la supervivencia, la neuroinmunoendocrinología.

Excelente y especialmente interesante por su abordaje, por su tratamiento de los dos grandes sistemas de integración del cuerpo humano, es el capítulo presentado por José Sancho-Rof y Olga González, «Evolución, neuroinmunoendocrinología y emociones». Dicen los autores que van a referirse al proceso evolutivo de los sistemas nervioso, endocrino e inmune como mecanismos de comunicación intracelular y su interacción para mantener la homeostasis, y cómo la alteración de esta interacción predispone a la enfermedad. Como he dicho al comienzo es un trabajo muy bueno que, además, transmite el tipo de conocimiento de quien está trabajando en esa línea de investigación y conoce bien el problema. Además, sorprende, por nuevo, este abordaje evolucionista de estos sistemas esenciales de mantenimiento del equilibrio orgánico, un concepto esencial. Los autores definen el concepto de psiconeuroinmunoología analizando el funcionamiento de los sistemas. Y dicen: «Los sistemas inmune, endocrino

y nervioso tienen una función biológica fundamental en común. Ambos sistemas poseen capacidad para actuar como intermediarios en la interacción entre el organismo vivo y el medio y de comunicación intracelular, es decir, de integración del organismo. La psiconeuroinmunología (PNI) trata del estudio de las interacciones entre comportamiento, sistema nervioso, endocrino e inmunológico».

El trabajo es, a pesar de la complejidad de los procesos que se explican, claro y perfectamente comprensible. Creo que es un capítulo de lectura imprescindible.

El siguiente capítulo, de Julio Sanjuán, toca un tema esencial, en definitiva, para quienes trabajan con patología mental. Sanjuán deja clara su posición al encabezar el capítulo con un subtítulo, «La teoría de la evolución, marco básico de la psicopatología» y con una cita de Nesse y Williams, autores de un libro sobre evolución y medicina, sobre «La nueva ciencia de la medicina darwiniana», que dice: «La biología evolutiva es la base de toda la biología y ésta es la base de toda la medicina». La posición de Sanjuán es que, a partir del marco general de la evolución, hay que considerar la evolución genética biológica y cerebral, pero con todas sus variables interpretaciones, a partir de distintos puntos de aproximación y con sus interrelaciones con el resto de enfoques. Hace un esquema de marcos que, a partir del más general de la teoría general de la evolución, se van integrando unos en otros, social-cultural, sistémico-familiar, biográfico-individual, cognitivo-conductual, hasta llegar al más concreto de lo biológico y la evolución cerebral. Es la búsqueda de la integración de todos los aspectos posibles en la comprensión de los fenómenos, pero, como la corriente actual de pensamiento manifiesta, integrando también los aspectos biológicos, intentando buscar la importancia de los diversos elementos, pero no haciendo una contraposición maniquea entre *nature* y *nurture*, como era y ha sido hasta hace poco, clásico. Se decía que eran aspectos ambos de los organismos vivos, pero como si fueran procesos paralelos o agregados. Sanjuán trata uno de los aspectos que pueden ser más controvertidos, que es que, —siguiendo la línea de pensamiento de Timothy Crow— la especiación puede ser una cuestión clave en la explicación de por qué los humanos son especialmente vulnerables a la psicosis. Es una idea que puede discutirse en muchos de sus aspectos —en cierta medida parece no valorar suficientemente la potencia de la evolución cultural— pero que es necesario leer y pensar sobre ella. Indudablemente el lenguaje es un aspecto esencial, aunque, como dice el propio Sanjuán, no hay acuerdo sobre cómo y cuándo adquirió el lenguaje el género *Homo*. Sus conclusiones se refieren, esencialmente, a las etapas de aparición de la respuesta emocional como aspecto esencial de la patología. Es un capítulo apasionante que intenta desarrollar la historia filogenética de las emociones y sus implicaciones conductuales, que se remata con una amplia y rica bibliografía.

Hemos dicho ya que es especialmente importante conocer las ideas de Timothy Crow sobre la persistencia de la esquizofrenia no siendo ésta un beneficio desde el punto de vista de la supervivencia. ¿Por qué se mantiene hereditariamente una característica, una variación no adaptativa, una característica negativa?. En primer lugar, para estar de acuerdo con la propuesta de Crow, hay que admitir el carácter genético de la esquizofrenia. E incluso su, en cierto modo, localización anatómica. Dice el autor, que indudablemente lo acepta e intenta demostrarlo, que parece difícil que no haya desaparecido la variación genética, ya que los esquizofrénicos tienen menos posibilidades de dejar descendencia. Indudablemente sucede también lo mismo con los hemofílicos y los diabéticos y también sigue la enfermedad trasmisi-

tiéndose. Lo cierto es que la genética, el papel de control y la replicación de los genes, no es un fenómeno tan sencillo como muchos parecen creer. Huxley postuló, con respecto a la esquizofrenia, que debía haber habido en algún momento una ventaja genética presente en los portadores del gen relacionado con la esquizofrenia que no presentan la expresión patológica. Crow hace un análisis de la esquizofrenia con sus posibles asientos anatómicos, y la relación con el leguaje que merece una lectura atenta y una discusión en profundidad. Es un trabajo, también con abundante bibliografía, que debe conocerse.

Por último tenemos un capítulo, también de Julio Sanjuán, «Implicaciones prácticas del enfoque evolucionista», que cierra perfectamente el libro, aportando los aspectos que muchos médicos quieren comprender, la importancia de conocer la biología cerebral y las nuevas adquisiciones sobre su funcionamiento, para la práctica psiquiátrica.

Insisto en que creo que es fundamental que se desarrolle la inquietud por conocer los trabajos, que hoy en día son muy abundantes, en esta línea de análisis e investigación, que no se contraponen, en absoluto, a otros enfoques de la psicología ni de la psiquiatría, sino que debe permitir una mayor adecuación y profundización en el conocimiento del origen y los mecanismos de los procesos fisiológicos, así como el conocimiento de los que llamamos patológicos, los procesos que dificultan a seres humanos individuales la inserción y la adaptación a la sociedad —incluso para ponerse en contra de ella y denunciarla— y que le crean malestar y una vida especialmente desagradable, e incluso insoportable, o que les conduce, desgraciadamente, a la segregación. En definitiva, creo que es un libro bien planteado, con trabajos bien seleccionados y escrito con claridad, que merece una lectura atenta de quienes quieran comprender las nuevas corrientes de psicología y psiquiatría evolucionista.

Raquel ÁLVAREZ PELÁEZ